

INSPECTORÍA SALESIANA

SAN PEDRO CLAVER

BOGOTÁ



POSNOVICIADO SAN FRANCISCO DE SALES

“El recuerdo de los
hermanos difuntos une en
la caridad que no acaba a
los que aún peregrinan con
quienes ya descansan en
Cristo” (C. 54)

RAFAEL VELÁSQUEZ MORENO
Coadjutor

A los 76 años de edad, 48 años de vida religiosa, abandona
este mundo para volver a la casa del Padre.

El señor Rafael Velásquez Moreno nació en Miraflores, Boyacá, el 30 de enero de 1928, hijo de humildes campesinos, cuyas riquezas sólo contaban con unas pocas hectáreas de tierra y sus manos prontas para cultivarlas. En la familia compuesta por papá, mamá y cinco hijos: Rafael, María Inés que llegó a ser religiosa de la Comunidad Hijas del Corazón Misericordioso de María, Emma, Eloisa y Alfonso, florecen los valores cristianos y humanos tan ricos y admirables de nuestros campesinos boyacenses. Padres de profundas convicciones religiosas, con una fe inquebrantable, acrisolada por la predicación de sus párrocos, el testimonio de sus coetáneos y el recuerdo de sus antepasados. Una fe que los inducía a la práctica de los Sacramentos, especialmente el de la eucaristía cuya convicción los llevaba a no faltar un solo domingo a la Misa; no interesaba la distancia, ni las inclemencias del tiempo, ni los caminos fangosos por donde tenían que transitar a pie o a lomo de caballo. Así mismo, la admiración por el papel intercesor de María como Madre de Dios produce, en ellos, una actitud de profunda veneración a María, expresada en las prácticas de piedad que la Iglesia recomienda y bendice como el rezo diario del Santo Rosario y en las celebraciones de sus fiestas, como la Inmaculada Concepción, la Asunción, entre otras. Estos valores vividos y testimoniados en sus padres fueron enraizados en sus hijos, que se fueron fortaleciendo en el transcurso de la vida. Fruto de estos valores son dos hijos religiosos.

Al lado de los valores religiosos brillan también, los valores humanos como el trabajo arduo y sacrificado, la honestidad y la responsabilidad, el respeto y la cortesía, la bondad y la amabilidad, la gentileza y la delicadeza, la compasión y la solidaridad, la gratitud y el servicio generoso al prójimo. Estos valores son los que más adelante irán a

identificar a nuestro hermano Rafael. Tan es así, que hasta el día antes de su muerte se escuchaban de sus labios la frase que siempre pronunciaba como actitud de gratitud: “mil gracias, tanta bondad para con este pobre anciano y enfermo”. Deja consignado: “expreso públicamente mi sincero y cordial agradecimiento a la Congregación salesiana, a los superiores, representantes de la misma y de todos aquellos que han contribuido en la recuperación de mi salud”.

Su padre se llamaba Silvino Velásquez Roa, un hombre campesino forjado en las duras faenas del campo. El arado, el azadón y el machete son sus herramientas básicas para ganarse el pan de cada día. Su madre, Ermecinda Moreno Mora, mujer humilde, sencilla y piadosa, que con su ternura, paciencia y cariño va forjando el alma de sus pequeños hijos, es el centro y alma del hogar. A ella está encomendado todo lo referente al hogar, velar por el orden y el aseo, preparar los alimentos para los obreros y para la familia. Su vida transcurre en medio del cocinar, lavar, barrer, entre otros quehaceres propios del trasegar campesino. Ambos se levantan muy de madrugada, uno se prepara para labrar la tierra y la otra para los oficios de la casa y el cuidado de sus hijos. Trabajan de sol a sol, ya bajo los rayos caniculares del astro rey o ya bajo las inclemencias del frío y de la lluvia. Son personas que como todas nuestras familias campesinas su lema es: trabajar, trabajar y trabajar y sólo descansan cuando el sol se pone o cuando alguna enfermedad los doblega.

En medio de este ambiente crece nuestro hermano Rafael. Él, al igual que todos los niños campesinos, también se hace partícipe del trabajo, acompaña a su madre en los oficios de la casa y a medida que va creciendo colabora con su padre en el cultivo de la tierra. La vida de la familia Velásquez Moreno transcurre entre el trabajo, la alegría y la oración, pues, no se iba a la cama sin antes haberle agradecido a Dios por las cosas buenas concedidas durante la jornada. A pesar del cansancio, no se pasaba un día sin rezar el rosario.

Como era costumbre otrora mandar bautizar los niños a muy temprana edad, don Rafael fue bautizado el 5 de Febrero de 1928, a los cinco

días de su nacimiento, en la parroquia de Miraflores por el Sacerdote Silverio Pineda, según consta en la partida de bautismo. El bautismo para los hogares campesinos constituía un momento importante dentro de sus convicciones de fe, habían asimilado muy bien que, entre los Sacramentos, éste ocupa un lugar importante, porque es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos.

Era costumbre en los campos y por aquellos tiempos que los niños iniciaran tarde su periodo escolar, tal vez una de las razones por la distancia entre la escuela y la casa, pues resultaba un poco peligroso y fatigoso para un niño el ir y venir, máxime cuando para ese entonces se tenía la doble jornada. En el caso de don Rafael se añadía que, por ser el hijo mayor, debía ayudar a los trajines diarios del hogar. Para nuestros campesinos, el mayor es el hombre de la casa, a él se le confía muchas responsabilidades. Inició su primer año de estudios en la escuela de su vereda, San Antonio o Tunjita de Miraflores en 1940 a la edad de 12 años. Escuela que se convierte en su segundo hogar, testigo ocular de su adolescencia, cuna donde florecieron sus más ricas y exquisitas cualidades humanas y espirituales. En esta escuela cursó toda su primaria según testimonio consignado por él mismo. Niño juicioso, aplicado, de buenos modales, dedicado, estudioso; todo su esfuerzo derivaba por el deseo casi innato de superación, de querer aprender cada día algo nuevo, soñar con un futuro diverso al de sus padres; todo lo hacía con esmero, concentración y perseverancia que no dejaba espacio para el ocio o la superficialidad, siempre estaba en los primeros puestos y con altas calificaciones.

Se siente atraído por la vida sacerdotal. Una vez terminada su primaria en 1945, hace las vueltas para ingresar al seminario menor de Santa Rosa de Viterbo regentado por los Padres Jesuitas. Con la alegría de ingresar, pero al mismo tiempo con la nostalgia de dejar la casa paterna emprende viaje para internarse en el Seminario en 1946. Permanece allí por varios meses, pero, por problemas familiares, que no es el caso traer a colación, tiene que abandonar el Seminario. Aquí sin embargo no mueren sus

sueños, sigue explorando caminos, mirando posibilidades de hacerlos un día realidad, aunque por la condición económica de sus padres y por la misma mentalidad campesina de no darle importancia ni valor al estudio, siente a veces desvanecer sus ilusiones.

Su fuerte no es el campo, quiere a toda costa proseguir con sus estudios. En esos años de búsqueda, tiene por fortuna el apoyo moral de su hermana María Inés que, por esa entonces, ya era religiosa. Lo anima, le da fuerza para no desfallecer. Dios, en sus infinitos designios, siempre busca lo mejor para sus hijos y ofrece los medios necesario para su bien. Pone en su camino al padre Juan Elsackers, quien conocía a su mamá en el hospital de Agua Dios que, por ese entonces le habían diagnosticado la enfermedad del Hansen. Seguramente ella le comenta las inquietudes de su hijo. El Padre Juan Elsackers le aconseja dirigirse al León XIII, donde puede tener la posibilidad de especializarse en algún arte y, si era voluntad de Dios podría ingresar a la comunidad como salesiano coadjutor. Seguramente con la recomendación del padre Juan y viendo el buen paño en la persona de don Rafael no vacilaron en aceptarlo.

En 1949 ingresa al León XIII, empieza su bachillerato en la sección de artes y oficios, en la especialidad de ebanistería. Con esfuerzo y dedicación lo logra terminar en 1953, obteniendo el título de “experto en ebanistería”. Según el registro de notas, fue alumno sobresaliente, obtuvo las mejores calificaciones. Siempre estuvo en el cuadro de honor ya por su dedicación al estudio, ya por su aplicación y manejo de su arte, ya por su buena conducta y comportamiento. En la revista “Don Bosco” publicada por el León XIII para esos años, aparece así el título de los estudiantes destacados: “merecen premio por su consagración y aprovechamiento en sus respectivos talleres”, ahí aparece todos los años el nombre de nuestro hermano Rafael Velásquez. En el último año obtuvo el primer puesto en conducta.

Durante estos años de permanencia en el Colegio León XIII, va madurando su sueño vocacional. Se siente motivado por el testimonio de muchos salesianos, el espíritu de familia y de alegría que reinaba en

este plantel. Le llama la atención la comunidad de los padres eudistas, pero está confundido, no tiene aún claridad. Uno de sus compañeros confidentes, le aconseja hablar con don Gaudencio Manachino, entonces inspector de Bogotá, para que sea él quien lo oriente y le ayude a discernir la voluntad de Dios. Con gusto acoge el consejo, pide una cita para hablar con él. Don Manachino lo escucha atentamente y lo anima seguir explorando caminos, lo remite a su director para que sea él, quien lo siga más de cerca. Después de un discernimiento personal y con un acompañamiento espiritual, opta por seguir a Don Bosco como religioso Coadjutor. Así lo expresa en su carta de petición fechada el 2 de febrero de 1954 dirigida al Padre Antonio Mei director del León XIII: "he permanecido durante cinco años en este plantel bajo la guía y benéfica acogida de los hijos de Don Bosco con el objeto de procurarme una verdadera y perfecta instrucción a cerca de mis deberes de cristiano y he decidido seguir la vida Salesiana como hermano coadjutor, si vuestra reverencia se digna aceptarme en la fila de vuestros hijos y si juzga que esta mi determinación sea para gloria de Dios y provecho de mi alma". Petición que según consta en nota a pie de página de la misma carta, fue aprobada con cuatro votos positivos y cero negativos.

● Inicia, pues, su noviciado en Usaquén, hoy Teologado Salesiano, el primero de marzo de 1954. Permanece allí hasta finales de Enero de 1955, fecha en que se traslada el noviciado a la Ceja Antioquia, según reza textualmente la crónica: "los nuevos novicios, con el padre maestro a la cabeza, salieron para el aeropuerto de techo donde cogerían el avión de 11 que los conduciría a Medellín...y de allí a la Ceja". Allí continúa su noviciado culminando con su profesión religiosa el 2 de Marzo de 1955. Una vez emitida su primera profesión, los superiores toman a bien, dejarlo en la casa del noviciado como colaborador del ecónomo en los oficios propios de la casa. Allí permaneció hasta febrero de 1956.

● Con el fin de dispensarle una mejor cualificación en ebanistería, el arte que había aprendido en el León XIII, es enviado a San Isidro (Argentina), donde permanece todo el año de 1956. Comentaré él mismo "la Congregación me dio la oportunidad de ampliar horizontes

al enviarme a la república argentina, lo cual me sirvió para reafirmar mi personalidad y mi amor a la Sociedad Salesiana, fue un año maravilloso, de extraordinaria riqueza en el campo Salesiano”. Siempre recordará este acontecimiento con ánimo agradecido.

Recién llegado de Argentina, es destinado la ciudad de Cali. Llega el 5 de Enero de 1957 al Instituto Técnico Industrial san Juan Bosco, donde por veinte años ejercitará la docencia. Como profesor, impartirá las clases de tecnología y práctica de ebanistería, geografía de Colombia, geometría plana, dibujo técnico, administración industrial. Tiene carga académica completa de 24 horas mínimo, algún año hasta 40 horas semanales, según consta en el certificado de servicios prestados expedido por el Colegio San Juan Bosco de Cali. Aquí da de lo mejor que tiene de sí mismo, se dedica con alma, vida y corazón, se desempeña como un verdadero profesional en el campo educativo. En nota a pie de página dice textualmente el mismo certificado: “desempeñó su cargo con eficiencia y consagración. Observó buena conducta”.

Para Don Rafael no había otra preocupación, ni otro pensamiento distinto a aquel de preparar minuciosa y cuidadosamente cada una de sus clases, para ello, recurría a la práctica de las metodologías más adecuadas y la utilización de recursos didácticos más convenientes y que estuvieran a su alcance. Consciente de su papel de maestro busca ser sólo un facilitador, un instrumento, un mediador en el aprendizaje de los alumnos. Por ende, la planeación y elaboración del programa van encaminados hacia un aprendizaje vivencial acorde con sus intereses y necesidades. Algunos de sus alumnos lo recuerdan con cariño como el maestro interesado por ellos, persona digna e integra, auténtico y genuino. Se esfuerza en comprenderlos poniéndose en su lugar y haciéndose sensible a sus percepciones y sentimientos, con una actitud comprensiva. Pone a disposición de los alumnos sus conocimientos y experiencias. No escatima esfuerzo alguno para atenderlos, les da a entender que en cualquier momento que lo requieran pueden contar con él. Procura crear un clima de confianza en el aula, que facilitaba la espontaneidad y exponer sin temor y sin recelo sus dudas e inquietudes, así como exteriorizar libremente sus pensamientos.

Con base en la experiencia de alumno, sabe la importancia que reviste el maestro en la formación de la personalidad del niño, del adolescente y del joven. Por ello, se esfuerza para que a través de sus clases, sus alumnos puedan forjar su personalidad, afianzar sus convicciones, enriquecer su inteligencia, formar su voluntad, moldear su carácter. Suscita en ellos, valores, tales como: solidaridad, servicio, compromiso y entrega, siempre pensando en su futuro, trazándoles horizontes, buscándoles caminos. Con su carácter flemático y parsimonioso, los corrige con paciencia y amabilidad, previene con ellos los problemas y dificultades, evita los riesgos y peligros. Como buen hijo de Don Bosco, sabe bien, que amando lo que ellos aman, es como ellos aman lo que nosotros amamos y queremos transmitirles. En su mente siempre estaba presente el lema de Don Bosco: “Formar honrados ciudadanos y honestos cristianos” C.31.

Por los valores que florecieron en él de sencillez, humildad y bondad, se ganaba el corazón de los muchachos, profesores y demás personas que compartían las faenas educativas. A él acudían con mucha espontaneidad, a consultar sus dudas e inquietudes o simplemente a entablar conversación y escuchar algún buen consejo. Educado en el Sistema Preventivo, sabe bien, que el patio constituye el espacio pedagógico, lugar de encuentro con los jóvenes “donde se comparte la amistad y la alegría” C.40. El patio es por excelencia el ambiente de expansión y distensión, de espontaneidad y franqueza, de entretenimiento y diversión, de confianza y familiaridad, de juego y risa. En medio de ese ambiente estaba Don Rafael, que podríamos decir también con lenguaje salesiano, asistiendo en el patio. Se trataba de encontrarse con cada uno de los muchachos, de conocerlos individualmente, de establecer una relación personalizada, de hacerlos amigos. Se convierte en la voz amiga, en el hermano en quien confiar sus cuitas, en el padre que sabe escuchar, en el maestro que guía y orienta, que abre horizontes y propone metas a donde llegar.

Terminado su sexenio de votos temporales y después de haber vivido y experimentado en carne propia los valores propios de la salesianidad,

combinándolos con su trabajo pedagógico, opta por quedarse para siempre en las filas de Don Bosco. Dice nuestras Constituciones: “el socio hace la profesión perpetua cuando ha alcanzado la madurez espiritual salesiana que requiere la importancia de tal opción” (C. 117). Don Rafael tiene ya 33 años de edad y varios de experiencia en el campo salesiano, sobre todo ejerciendo la docencia. Empieza su preparación consultando ante todo a su director espiritual y confesor, y luego a sus hermanos salesianos y superiores, si según su parecer era idóneo para continuar la vida religiosa. Seguramente no hubo objeción alguna, lo contrario lo vieron apto para seguir adelante.

Animado por la consulta, presenta su carta de petición, a la que tampoco encontraron ningún reparo y le dieron el voto de confianza para proseguir su vocación. Por una semana interrumpe sus labores cotidianas para realizar su retiro espiritual que como lo dicen nuestras Constituciones son “momentos de gracia” para “escuchar la palabra de Dios, discernir su voluntad y purificar el corazón”. Con el retiro espiritual termina sus votos temporales y da el salto más importante de su vida: la profesión perpetua que la emite el dos de marzo de 1961 en Cali (Valle) en el Instituto Técnico san Juan Bosco, en una sencilla pero significativa ceremonia, acompañado de sus hermanos salesianos de la casa, alguno de sus parientes y amigos, presidida por su director Padre Justo Pastor Salcedo Rojas. Así lo describe el acta de profesión perpetua: “El Señor Rafael Velásquez Moreno emitió la profesión perpetua en la Pia Sociedad Salesiana, inspección San Luis Beltrán de Medellín, el día dos de marzo de 1961 en la ciudad de Cali. A nombre del Padre Carlos Julio Rojas, inspector, provincial, recibió la profesión el Padre Justo Pastor Salcedo Rojas, director de la comunidad de Cali, debidamente autorizado por el superior provincial”.

Las demandas del mundo actual, los avances científicos y tecnológicos, los cambios sociales obligan a personas e instituciones a estar en permanente actualización. Don Rafael no era ajeno a esta realidad, por eso con el ánimo de ofrecer un servicio mucho más cualificado, para ponerse a la par con las exigencias de los tiempos, y para responder a los

requerimientos actuales de una educación de calidad y con la conciencia de su rol de formador de las futuras generaciones y sobre todo orientar a sus alumnos hacia aprendizajes que le resulten útiles para su futuro desempeño laboral, buscó siempre estar al día, actualizarse. Ante todo se esforzó por terminar sus estudios de bachillerato técnico que había dejado inconclusos en el León XIII en 1953. Ingresa en 1970 a la edad de 42 años, al Instituto Técnico Industrial Antonio José Camacho de Cali. Estudia allí por dos años hasta obtener el título de Bachiller Técnico en Dibujo industrial. Admirable en este hombre su humildad y sencillez, sin miramientos, sin prejuicios y sin dejarse llevar por el que dirán, o por temor a las burlas de sus compañeros, lleva adelante sus estudios.

Una vez terminado su bachillerato, le sigue inquietando la formación profesional en línea de formación permanente. Sabe que la formación permanente es una exigencia, un medio necesario que brota de nuestra condición de consagrados y que tiene como finalidad el animar nuestra vida y nuestras acciones en la fidelidad al Don recibido. Así que decidió estudiar Administración de Empresas en el Instituto Tecnológico de Educación Superior de Cali, entre los años 1974 – 1976, obteniendo el título de “Técnico en Administración y Análisis de Costos”.

En 1976, a demás de su carga académica que ya de por sí, le ocupaba todo el tiempo y de los estudios, asume el economato de la casa, oficio que desempeña con agrado y eficiencia. Estuvo atento a las necesidades de la obra pero sobretudo en velar por el bienestar de sus hermanos salesianos.

Por estos años, nuevamente despierta el deseo que había permanecido latente desde su niñez, y que por diversas circunstancias no había podido hacerlo realidad; así se lo manifiesta en una carta dirigida al Santo padre: “desde antes de entrar a la Congregación Salesiana, cuando comencé a razonar y de darme cuenta de lo que me rodeaba, sentí grandes deseos de llegar a ser sacerdote ministerial, pero por diversas circunstancias de pobreza, de ignorancia, de timidez, de alejamiento de los centros culturales, no me fue posible realizar este ideal y sentimiento...en mi

persona continúa viva la esperanza de llegar algún día al ministerio sacerdotal... sólo aspiro a servir con más capacidad y dedicación al pueblo de Dios".

Ante todo, pide al inspector y su consejo estudiar la posibilidad de hacerse sacerdote. Las razones las expone en su carta dirigida al inspector y consejo: "a) por la escasez de servicio ministerial del sacerdote; por la ampliación del campo apostólico directo; c) por la apertura de nuevas oportunidades de darme a los demás; d) por la posibilidad de ser más eficiente en la pastoral cristiana". Finaliza diciendo: cualquier decisión al respecto será muy bien recibida porque es la voluntad manifiesta de Dios". Los superiores atendiendo a sus pretensiones y no viendo dificultades por el momento le dan vía libre para empezar sus estudios. Con ese sí, emprende gozoso el viaje, tal vez con la misma ilusión que otrora lo emprendió para el Seminario de Santa Rosa de Viterbo. Llega a Bogotá, el 29 de enero de 1977 al Centro de Formación el Porvenir e inicia los estudios de Filosofía.

Como estudiante y miembro de la comunidad, se va a distinguir por: su humildad y sencillez, su capacidad de trabajo y dedicación al estudio, su responsabilidad en los quehaceres de la casa, su entrega generosa al apostolado, su amor por la comunidad, su orden y puntualidad. Testigo de ello, es una de las evaluaciones, la única que se encuentra en los archivos, hecha por el equipo formador. Dice textualmente en algunos de sus apartes: "es un salesiano ejemplar en cuanto a su laboriosidad, su piedad, su amor a la Congregación, su sencillez y disponibilidad para servir, para aportar. Tiende al perfeccionamiento y al detalle de cada cosa...es apostólico...colabora con generosidad y coordina con otros sus actividades". Posteriormente el consejo de la casa, a petición del Inspector de Medellín, Padre Jorge Nieto, expide un informe sobre don Rafael, se expresa en estos términos: "siempre hemos visto a Rafael como un religioso piadoso, sacrificado, trabajador, con muy buen espíritu de servicio y apostólico. Como estudiante responsable y constante". Así mismo algunos de sus compañeros lo recuerdan como un hombre retraído, introvertido, reservado, silencioso, tímido,

cualidades que aunque puedan aparecer con cierto tinte negativo, sin embargo es también expresión de una persona prudente, sensata, sopesada, equilibrada, reflexiva, imagen que para muchos hizo pensar en un hombre santo.

Con seguridad fueron años maravillosos, de estudio y reflexión, de investigación y confrontación, de análisis y síntesis como es propio de las ciencias filosóficas y teológicas. Aunque del paso por este centro de estudios poco hablaba, sin embargo conservaba apuntes y en sus intervenciones dejaba sentir el fruto de sus reflexiones. Valga la pena traer a remembranza la imagen de don Rafael cuando intervenía en alguna reunión o cuando tenía que decir algo, lo hacía con mucha seriedad, cerraba y abría los ojos, creaba en el interlocutor expectativa y suspenso, no daba espacio para dejarlo de mirar, esperando con ansiedad sus palabras. Si ciertamente carecía del don de la palabra, del discurso ágil y ameno, sus argumentos y apreciaciones era de una persona reposada, de un hermano que antes de abrir la boca sopesaba lo que iba a decir; sin ínfulas de ninguna clase expresaba lo que sentía, a su manera insistía en el compromiso de vida, corregía con firmeza pero con mucha caridad, con una sutileza tal que ninguno se sintiera agredido u ofendido con sus palabras. Cuando el tema lo ameritaba participaba con valiosos aportes. Con frecuencia se remitía a lo que había aprendido en filosofía o en teología.

Al final de 1981, por disposición de sus superiores, suspende los estudios teológicos, con el cual empieza a desvanecerse su sueño de ser sacerdote. Sin poner resistencia alguna acoge la decisión como signo de la voluntad de Dios. Nuevamente se siente confundido y sumido en la más profunda tristeza. Se sentía decepcionado. Por algún momento pensó en abandonar la Congregación, no por simple rebeldía, o por crisis religiosa, sino porque veía que a través del ministerio sacerdotal podía prestar un mejor servicio a la iglesia. Medita las palabras de Don Bosco: "cuando la obediencia exige difíciles pruebas de amor, tiene presente a Jesús, hijo obediente del Padre... Habrá alguna regla que desagrade, algún cargo u otra cosa que nos repugna; no nos dejemos desalentar,

venzamos esa disposición desfavorable del ánimo por amor a nuestro Señor Jesucristo y al premio que nos espera... obrando así vendrá luego la verdadera obediencia"... Se esfuerza, pues, en operar en sí mismo el difícil cambio de lo que a él le agrada a lo que agrada al Padre" (Ratio 93). Corresponde a la obediencia con total disponibilidad, viendo la voluntad de Dios en las mediaciones humanas representada en sus legítimos superiores. Con un poco de incertidumbre y perplejidad emprende el viaje a la Macarena, donde la obediencia lo ha destinado.

La fecha de llegada a la Macarena y su experiencia de trabajo, la encontramos consignadas en una carta enviada al Padre Dario Vanegas, fechada el 18 de Febrero de 1982: "desde el cuatro de Febrero llegamos a esta población acompañado del Padre Valentín Aparicio y de dos profesores quienes junto conmigo trabajan aquí en el colegio e internado. Actualmente estoy colaborando con nueve horas de clase de religión y tres de dibujo...son pocos los alumnos unos setenta en total en los tres cursos. Además trato de colaborar en lo relacionado al despacho parroquial y liturgia sacramental. El clima es caliente y pesado, no menos de 30 grados de temperatura... hay servicio de energía todos los días de 6- 9 p.m., a pesar de estar cercano al Rio Guayabero, el agua es escasa...todo es limitado, excepto el calor, sin embargo así tratamos de cumplir la voluntad divina".

Allí, en la lejanía, en medio de la selva, en ese inmenso llano donde el verde fresco de los bosques se confunde con el azul celeste de los cielos, en el silencio, donde sólo se escucha de trasfondo el viento huracanado que circula entre los árboles y el trinar melodioso de las tantas variedades de aves que abundan en esta región exótica de Colombia, se sumerge en una meditación profunda para oír la voz de Dios y descubrir su voluntad. Recurre a los medios necesario, que la Iglesia y la Congregación disponen para discernir el plan que Dios tiene para cada uno de sus fieles. Acude a la oración, a su confesor y director espiritual, así como a los buenos consejos de personas sensatas y prudentes que le ayuden a orientar. Una vez hecho este camino de discernimiento opta por ratificar aquella decisión primera, morir en la Congregación Salesiana como

Religioso Coadjutor. Dios le otorgaba la gracia de quedarse para siempre con Don Bosco y le allanaba el camino para una fecunda pastoral en las misiones del Ariari. Las palabras consignadas en una carta al Rector mayor, donde le hace saber su decisión, pone punto final a este capítulo un poco borrascoso de su vida: “he reflexionado mucho, y he pedido luces al Señor Jesucristo y a la Virgen madre para ver hasta donde me fuera posible, cuál es la voluntad de Dios, y qué es aquello que más me conviene para el logro de mi salvación eterna... interpreto como querer de Dios las varias negativas que dieron los superiores... ante la instancia de mi posible acceso al Sacerdocio Ministerial, las interpreto como la expresión del querer de Dios, que me quiere religioso salesiano en mi dimensión laical y no en el orden de los presbíteros... mi no acceso al mismo, entiendo que Dios me llama a permanecer en la vida religiosa, en el servicio de la misión salesiana... “ruego que se me permita trabajar en las misiones salesianas sea del Ariari o de cualquier otro lugar, o en cualquier otra de las obras sociales salesianas más significativas del espíritu salesiano, donde creo poderme desempeñar en mi condición de religioso Salesiano Laico. Creo en la fuerza de la fe en Dios, en la oración y en la ayuda de la Santísima Virgen María, para mantenerme fiel y poder hacer un poco de bien con estilo salesiano”. Don Gaetano Scrivo, secretario del Rector mayor, le responde a nombre de Don Egidio Viganó entonces Rector mayor: “estamos contentos que haya visto en la decisión de los superiores un signo de la voluntad de Dios y que haya escogido la vía de la fidelidad a Don Bosco”.

Con esta decisión aplaudida por sus superiores, emprende una nueva etapa de su vida. Acogiendo su petición de trabajar en las misiones, es enviado a Granada, Meta, donde permanecerá por más de veinte años, ejercitando su misterio laical en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen (Catedral) y posteriormente en la Parroquia de María Auxiliadora, hasta cuando la enfermedad lo dobliga y tiene que trasladarse a Bogotá para ser atendido por los médicos.

Cuenta el Padre Gonzalo Carreño, Vicario Episcopal: “en el año 1989 hacia el 12 de febrero entré a la casa cural de la catedral de Granada

(Meta), venía de Contratación para quedarme en el Ariari. Entré, me recibió el querido Padre Vicente Rogero, observé hacia la derecha y ahí estaba el despacho parroquial; apareció y desapareció 'el misionero de Dios', el padre Alonso Iraheta quedando detrás suyo la figura de una persona un poco agachada, encogida de hombros y con un caminar todavía acelerado, era don Rafita... recuerdo su delicadeza en el saludo, siempre de buenos modales, agradable y educado. Saluda, inclina la cabeza y se retira. Al señor obispo, le da la mano y le besa el anillo con una profunda reverencia". He aquí uno de los rasgos más sobresalientes de la personalidad de don Rafael, por los cuales lo irán a recordar muchas personas con quienes trató. Su vida de trabajo giró entorno al despacho parroquial.

De admirar la dedicación en la atención a la gente. Algunos testimonios nos lo confirma: "en el despacho parroquial, donde siempre lo encontraba haciendo sus labores, sacaba tiempo para charlar y dar un consejo cuando era necesario" otra persona dice: "desde un principio me pareció una persona sencilla, formal y llena de Dios, cumplidor de sus deberes, reservado, prudente en el hablar y en el actuar; demasiado calmado, pues, cuando uno llegaba de mucho afán, decía que se calmara, que a todos nos atendía a su debido tiempo. Todo lo acompañaba con una sonrisa o un chiste". El Padre Iraheta, quien fue su compañero de trabajo por varios años, lo describe así: "siempre alegre, siempre servicial, siempre paciente, serio cuando correspondía. Correcto, esclavo del deber. La oficina fue su centro de operaciones y el lugar donde forjó su santidad, su servicio a la iglesia, su atención a la comunidad. Organizado, sencillo, jocoso, prudente, piadoso, precavido y servicial. Nació para trabajar, nació para servir. Perfeccionista hasta en la firma."

Otra característica que descuella en la personalidad de don Rafael, fue el ser muy ordenado, todas las cosas estaban en donde debían estar, había tomado muy en serio aquella famosa frase que se encontraba en la cartilla con la que aprendió a leer: un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. Gracias a esa forma ordenada hemos podido extraer muchos datos para elaborar la presente carta. A su muerte todos sus

documentos estaban en su respectiva carpeta debidamente marcados. Este orden lo conservó durante toda su vida, alguno de sus compañeros de clase recordará, que sus apuntes de clase estaban tan bien ordenados que, daba gusto pedirselos prestados. El orden iba ciertamente acompañado de una impecable letra, que también conservó hasta su muerte. Sus alumnos de Cali, también lo recordarán como una persona supremamente exigente en cuanto al orden y aseo se refería. Llevaba en orden sus carpetas de preparación de clases, las listas y trabajos de sus alumnos. Nadie pudo quejarse de refundir trabajos o notas, todo estaba también ordenado y en su puesto que era imposible hacerle reclamos. Así mismo se puede decir del trabajo en el despacho parroquial. Aquí, otro testimonio de los feligreses de Granada: “con la gente era amable, cordial, pero a veces también se disgustaba cuando le hacían desorden, cuando no dejaban las cosas en su puesto”.

Es digno también de resaltar su capacidad de trabajo. Toda la vida su lema, igual que la de Don Bosco, fue trabajo, trabajo y trabajo. Prácticamente hasta sus últimos días estuvo trabajando. He una vez más testimonios de personas cercana a la parroquia: “muchas veces cuando teníamos reunión en la noche, lo mirábamos a las diez, once y algunos días hasta las doce de la noche todavía trabajando en los libros de la parroquia, pues, le gustaba tenerlos al día”. Otro decía “después de estar tan enfermo acudía a trabajar, como si nada de esto fuese impedimento para cumplir con su deber”. Cuando estuvo postrado aquí en el Posnoviciado y le fue imposible levantarse, les dijo a algunas personas visitantes, que le hacía falta el trabajo de la parroquia y le parecía no estar haciendo nada.

Salesiano apreciado, admirado por su trabajo, sinceridad, dedicación y servicio; exigente, a veces un poco alterado en su genio, pero de corazón grande y generoso para con todos las personas. El despacho fue el lugar de diálogo y de encuentro con la gente. Insistente en la educación cristiana de las familias, niños, jóvenes y adultos, sobre todo en el campo de la moral. No escatimaba tiempo ni esfuerzo alguno para recordar y ayudar a vivir los compromisos cristianos. Fue pues, en palabras de

Padre Gonzalo Carreño, el Cirineo que por cerca de veinte años supo escuchar y servir a sus hermanos en el despacho parroquial. Se sentía mal cuando las cosas no salían bien y cuando se era sobretodo impuntual en los compromisos. Anota como chiste y anécdota el Padre Gonzalo, que don Rafael solía decir “soy boyacense y testarudo, a lo que monseñor López respondía: que eso era un pleonismo”. Es de notar sin embargo que ese defecto para muchos y cualidad para otros, entre ellos, don Rafa, lo condujo a ser insistente en lo que decía y hacía.

Desde niño había afinado el oído y lo había acostumbrado al tañer de las campanas de su pueblo, por eso ahora, en su oficio de Sacristán, repica con maestría las campanas de la catedral. El templo fue otro lugar de encuentro de Don Rafa con la comunidad. Todo ordenado para las celebraciones, las puertas de la iglesia abiertas a su debido tiempo. El altar impecablemente vestido y adornado. Se preocupaba mucho cuando debía dejar a otro encargado, porque no le gustaba fallar.

En conformidad con la doctrina salesiana “da a su vida un singular tono mariano en la relación con María Inmaculada y Auxiliadora icono de su espiritualidad y amparo de su vocación. Él, la contempla como la discípula del Señor que ha dicho sí al designio Divino de la encarnación, y la sigue como cooperadora en la obra de la Redención” (Ratio28). Le profesaba una devoción filial y fuerte, todos los días a las seis de la tarde, antes del último toque de campanas para iniciar la Eucaristía, don Rafael estaba en la iglesia de rodillas, listo a iniciar el rezo del Santo rosario con las personas que iban llegando. Así mismo revestía central importancia las celebraciones de las fiestas marianas, se esmeraba en cuidar todos los detalles a fin de que cada una de las fiestas fuera un verdadero homenaje a la Madre del Cielo.

Hombre entregado al apostolado, supo combinar muy bien el trabajo de despacho parroquial con el papel de catequista. Preparaba a los niños con sumo cuidado para el Sacramento de la Eucaristía y la confesión. Insistía en lo fundamental, buscaba crear convicciones para la vida.

Ejemplar sus últimos años, sobretodo a partir del momento en que le diagnosticaron cáncer en el páncreas. Él mismo realizaba las vueltas donde el médico. Le preocupaban los gastos que implicaba el tratamiento. Debió sufrir mucho, más sin embargo se mostraba sereno y con el entusiasmo de que iba mejorando, aunque, la realidad del desgaste físico era implacable ante el avance vertiginoso de la enfermedad. Aquí, como dice el Padre Gonzalo Carreño, se despierta en mí esos sentimientos tan especiales ante una persona que, como don Rafa, supo asumir su enfermedad sin molestar a nadie, sin descansar en el trabajo porque siguió con el ritmo de siempre. Si de temperamento era un poco fuerte, durante la enfermedad se volvió más comprensivo, callado, en silencio iba llevando su cruz a cuestas, no se quejaba. Admirable, sencillamente admirable. Decía bromeando, que los médicos también se equivocan porque le habían dado tres meses de vida y ya iban más de tres años. Cuando tenía la cita con el especialista decía, me voy a ver si todavía estoy vivo.

Un hombre que vivió con radicalidad su pobreza, muy sencillo en su manera de vestir; las cosas que poseía eran muy pocas, o casi nada. En una caja de cartón cabían sus pertenencias personales. Nada quería desperdiciar, se le veía recogiendo trozos de papel en blanco, cosas tiradas, pero que servían, las limpiaba y las guardaba con cuidado, pensando que en algún momento podrían ser útiles. Todo esto, nos hace transponer nuestra mente a un Miguel Rúa en la práctica de la pobreza.

En cuanto a su familia, mantuvo una relación serena y madura. Conservó íntegro el afecto por sus familiares, expresándolo en diversas formas. Tenía muy en cuenta a sus hermanas y sobrinas, las visitaba con frecuencia, oraba por ellas. Comentaba con mucho ánimo las costumbres de su tierra Miraflores, al tiempo que recordaba los trabajos de su niñez, elevaba al altísimo una plegaria de acción de gracias por sus padres de quienes no sólo, había recibido el don de la vida, sino valiosos y ricos valores que radiaban en su personalidad.

Hombre profundamente de Dios. Su espiritualidad se reflejaba en su personalidad, en su manera de ser y obrar, en el servicio y en la dedicación responsable a sus quehaceres de cada día; en soportar con paciencia las incomprendiones, así como los sufrimientos propios de su enfermedad. Asimiló con paciencia y renunciación las pruebas, consecuencia lógica de las circunstancias cotidianas. Se abandona en la ternura y en la bondad de Dios. En la oración encuentra sosiego y reposo. Por amor a Dios y la Congregación soporta el calor y el frío, la lluvia y el sol, el cansancio y la enfermedad, incomprendiones e intolerancias. Todo lo ofrece al Señor como formas de avivar su fe y ratificar su amor total a él. El deseo firme de perseverar le permitió como el hierro se funde suave en la alforja, moldear su vida con la templanza y la obediencia fiel a sus superiores.

Supo combinar bien los tres elementos de la santidad Salesiana: alegría, trabajo y piedad. La alegría que brotaba de una conciencia recta y tranquila, de la satisfacción de haber cumplido con esmero todas las responsabilidades a su tiempo y a su medida. El trabajo callado y silencioso, arduo y sacrificado con el que santificó la vida cotidiana. Una piedad robusta y sólida que reflejaba la plena determinación de actuar en la presencia de Dios. Es la conciencia de la presencia de Dios en todas partes: en el salón de clase, en el patio, en el comedor, en el despacho parroquial, en el templo, en las personas cercanas o lejanas. Don Rafael fue hombre de Dios que supo vivir la gracia de la unidad que es “don del Espíritu Santo y síntesis vital entre unión con Dios y entrega al prójimo, entre interioridad evangélica y acción apostólica, entre corazón orante y manos trabajadoras, entre exigencias personales y compromisos comunitarios” (CG, 25, 24).

En la breve estadía en el Posnoviciado, ha dejado una huella imborrable en la mente de los miembros de la comunidad. La espléndida sencillez de su fidelidad al Señor hasta el final, su ejemplo en la participación puntual y devota en la práctica diaria de piedad, su laboriosidad en la atención al cuidado de la biblioteca constituyen un valioso recuerdo para los jóvenes que han iniciado su vida Consagrada Salesiana.

Otro recuerdo grato que nos ha dejado, ha sido su despedida. Él sabía que su partida estaba cerca, aprovecha ese tiempo, que lo consideraba de gracia para intensificar la oración y recogimiento espiritual. Todos los días estaba puntualmente en la capilla para la meditación y el rezo de las laudes. Sobre todo participa con profunda devoción y recogimiento de la celebración diaria de la eucaristía. Con esfuerzo y sacrificio que sólo Dios conoce se desplazaba todos los domingos hasta la capilla de las hermanas de San Rafael, donde se atiende la capellanía dominical abierta al público, para participar con los fieles de la Eucaristía.

Unos veinte días antes de su muerte, viendo que la enfermedad avanzaba y que era inútil cualquier esfuerzo humano, se coloca en manos de Dios. Recuerdo esa mañana que permanece de rodillas todo el tiempo, desde la meditación y durante toda la celebración Eucarística, era el adiós a la capilla donde todos los días estaba ahí presente participando activamente con su comunidad de la vida de oración y donde encontraba consuelo y fuerza para seguir luchando. Se ve conveniente administrarle los Santos óleos. El padre director en compañía de toda la comunidad le administra el Sacramento de la unción de los enfermos. Siguió y participó del rito con profundo recogimiento. Desde este momento sus fuerzas ya no dieron más, permanece postrado en el lecho de enfermo, desde allí, pide siempre al Padre Martín Pongutá, con la delicadeza que lo caracterizaba, el favor de llevarle la sagrada Comunión, la cual recibía con devoción y respeto inefable.

El primero de diciembre en la noche entra en la recta final de su existencia. El médico viene a verlo, el pronóstico es reservado, el corazón estaba funcionando normalmente, pero no da esperanzas. El Posnovicio que lo acompañó en la noche, escucha pronunciar una serie de nombres de sus hermanos salesianos con los que compartió muchos años sus quehaceres pastorales, brota una dulce sonrisa, quizá recordando los ratos amenos compartidos, luce un semblante de satisfacción por el deber cumplido. Eran las 9 a.m. del día siguiente, ostentaba una mañana espléndida, llena de sol, cuando la enfermera de turno, se dirige a la oficina del Padre Martín para avisarle que don Rafael había entrado en

agonía, de inmediato acudió a él con la estola, el agua bendita, el óleo de los enfermos y el ritual para acompañarlo en su partida a la eternidad. De inmediato acudieron también, todo el personal que trabaja con nosotros y los salesianos que en ese momento se encontraban en casa. En medio, pues, de las oraciones propias de la ocasión, se fue serenamente extinguiendo la vida de nuestro hermano Rafael. A las diez y cuarto entrega su alma al Señor, origen y meta de todos sus anhelos.

Le damos gracias al Señor por este hombre que nos regaló a la Comunidad Salesiana, hermano laborioso y sacrificado como nadie en el cumplimiento del deber. Se esforzó por aportar a la comunidad todo lo que pudo y estuvo a su alcance. Gracias señor por el testimonio callado y silencioso de don Rafael, murió puesta su confianza solo en ti.

Fue velado en la capilla del Posnoviciado y al otro día en medio de la asistencia de un gran número de salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Hijas de los Sagrados Corazones, hijas de Corazón Misericordioso de María a la que pertenecía su hermana María Inés, de familiares, parientes y amigos se realiza los funerales, presidida por Monseñor Jesús María Coronado y 32 Concelebrantes, en el Santuario de nuestra Señora del Carmen.

Quedará esculpido en nuestros corazones, el recuerdo de un Salesiano coadjutor, que se distinguió como religioso ejemplar, altamente piadoso, de gran celo apostólico. Simple, humilde y sencillo, trabajador incansable e industrioso, practicante en la pobreza, observante de la obediencia, discreto y prudente en su castidad, asiduo cumplidor de su deberes de laico consagrado. Alma pura y generosa que transparentaba en esos ojos azules. Gracias infinitas sean dadas a Dios.

Bogotá, junio 17 de 2004

P. Deogracias Veloza Fonseca

Director

558040 + 02.19 2003

558040